

Historia 25—En la Tumba de José

La traición contra el gobierno romano fue el crimen por el cual fue condenado el Salvador. Las personas ejecutadas por esta causa eran enterradas en un lugar apartado para tales criminales.

Juan se estremeció ante la idea de que el cuerpo de su amado Maestro fuera manipulado por los soldados insensibles y sepultado en una tumba deshonrada. Pero no veía manera de impedirlo, ya que no tenía influencia ante Pilato.

En este momento difícil, Nicodemo y José de Arimatea vinieron en ayuda de los discípulos. Ambos eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato. Ambos eran hombres de riqueza e influencia. Estaban decididos a que el cuerpo del Salvador tuviera un entierro honorable.

José fue valientemente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato, después de enterarse de que Cristo estaba realmente muerto, concedió esta petición.

Mientras José iba a Pilato por el cuerpo del Salvador, Nicodemo se preparaba para el entierro. Era la costumbre en aquellos tiempos envolver los cuerpos de los muertos en lienzos de lino, con ungüentos preciosos y especias aromáticas. Este era un método de embalsamamiento. Así que Nicodemo trajo un costoso regalo de aproximadamente cien libras de peso de mirra y áloes para el cuerpo de Jesús.

A los más honrados de toda Jerusalén no se les podría haber mostrado más respeto en la muerte. Los humildes seguidores de Jesús se asombraron

al ver a estos ricos gobernantes mostrando tal interés en el entierro de su Maestro.

Los discípulos estaban abrumados de dolor por la muerte de Cristo. Olvidaron que Él les había dicho que esto iba a suceder. Estaban sin esperanza. Ni José ni Nicodemo habían aceptado abiertamente al Salvador mientras Él vivía. Pero habían escuchado sus enseñanzas y habían observado de cerca cada paso de su ministerio. Aunque los discípulos habían olvidado las palabras del Salvador que predecían su muerte, José y Nicodemo las recordaban bien. Y las escenas relacionadas con la muerte de Jesús, que desanimaron a los discípulos y sacudieron su fe, solo demostraron a estos gobernantes que Él era el verdadero Mesías, y los llevaron a tomar su posición firmemente como creyentes en Él.

La ayuda de estos hombres ricos y honrados fue muy necesaria en este momento. Podían hacer por su Maestro muerto lo que era imposible para los pobres discípulos.

Suave y reverentemente, con sus propias manos, retiraron el cuerpo de Cristo de la cruz. Sus lágrimas de simpatía cayeron rápidamente mientras contemplaban su forma magullada y desgarrada.

José poseía una tumba nueva excavada en la roca. La había construido para su propio uso; pero ahora la preparó para Jesús. El cuerpo, junto con las especias traídas por Nicodemo, fue envuelto en una sábana de lino, y el Redentor fue llevado a la tumba.

Aunque los gobernantes judíos habían logrado dar muerte a Cristo, no podían descansar tranquilos. Conocían bien su poderoso poder.

Algunos de ellos habían estado junto a la tumba de Lázaro y habían visto al muerto volver a la vida, y temblaban de miedo de que Cristo mismo resucitara de entre los muertos y apareciera nuevamente ante ellos.

Le habían oído decir a la multitud que tenía poder para entregar su vida y para volverla a tomar.

Recordaban que había dicho: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19), y sabían que hablaba de su propio cuerpo.

Judas les había dicho que Cristo le había dicho a sus discípulos en su último viaje a Jerusalén:

«He aquí, subimos a Jerusalén; y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará» (Mateo 20:18, 19).

Ahora recordaban muchas cosas que Él había dicho y que predecían su resurrección. No podían olvidar estas cosas, por mucho que lo desearan. Como su padre, el diablo, creían y temblaban.

Todo les declaraba que Jesús era el Hijo de Dios. No podían dormir, porque estaban más preocupados por Él en la muerte de lo que habían estado durante su vida.

En la Tumba de José

Decididos a hacer todo lo posible para mantenerlo en la tumba, le pidieron a Pilato que sellara la tumba y la vigilara hasta el tercer día. Pilato puso una banda de soldados a disposición de los sacerdotes y dijo: «Tenéis una

guardia; id, aseguradlo como mejor sepáis. Y ellos fueron, y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia» (Mateo 27:65, 66).